

STUDIA

LA EVANGELIZACIÓN INCULTURADA EN AMÉRICA LATINA

Fray Fabio DUQUE JARAMILLO, ofm
Consejo Pontificio de la Cultura

INTRODUCCIÓN

1. Una rica herencia de evangelización inculturada. La evangelización de las culturas y la inculturación del Evangelio en América Latina no puede negar toda la obra misionera de cinco siglos de presencia eclesial. La evangelización inculturada —como prefieren hablar algunos de los autores que han comentado Santo Domingo, apoyados en las mismas Conclusiones de la Asamblea Episcopal (cfr. SD n° 243; 248)— plantea una *nueva evangelización*, en sus métodos, ardor y expresiones, para la cual se deben dejar atrás las polémicas suscitadas por la conquista. No hay tiempo que perder en lamentos inútiles de lo que pudo haber sido y no fue. Los elementos negativos por los que el Papa Juan Pablo II y los Obispos de América Latina han pedido perdón, no deben apagar el entusiasmo ante el gran reto de la nueva evangelización. Una auténtica acción evangelizadora no se queda mirando indefinidamente al pasado. No se trata de negar lo sucedido, sino de asumirlo, conscientes de que las lecciones de la historia pueden ayudar a no repetir los mismos errores. Está fuera de lugar ponerse ahora a buscar culpables; los que lo fueron, bien o mal, han pasado ya a la historia; y sería ridículo querer cobrarles las cuentas, ya envejecidas, a sus descendientes. Amén de que estos, por lo general, somos precisamente quienes vivimos y hacemos la historia contemporánea de América Latina, formando parte de la cultura que Santo Domingo llama *mestiza*, y que cobija a la mayoría de los habitantes del continente.

2. El proceso de la inculturación. La fe cristiana se vive siempre encarnada en una cultura. Incluso la misma fe que los evangelizadores proponen, llega siempre ya inculturada. Por ello es fundamental saber discernir el núcleo del mensaje y lo que pertenece a las diversas expresiones culturales, las cuales pueden cambiar para que el Evangelio se encarne de manera real en las personas que escuchan el anuncio. Omitir este discernimiento necesario no ayuda al Evangelio, porque, si no se distingue lo básico de lo accidental, el Evangelio, para desconcierto de los mismos evangelizadores, jamás arraigará en los diversos ambientes culturales. Y la Iglesia está llamada por su misma catolicidad, por su misma universalidad, a acoger en su seno todas las culturas, y a recapitularlo todo en Cristo.

La *inculturación* es el proceso por el que el mensaje salvador de Cristo penetra en el núcleo fundamental que forman los valores de una cultura determinada. Para ello no se puede poner entre paréntesis el anuncio explícito de Jesucristo, mientras se analizan los pros y los contras de las diversas culturas. Se trata de seguir anunciando el Evangelio, con toda la energía de siempre, pero con métodos nuevos que aporten un mayor ardor para comunicar la misma verdad que siempre ha proclamado la Iglesia. A medida que el anuncio va penetrando las diversas maneras de ser de los interlocutores, el diálogo fe—cultura se abre a nuevos horizontes. El mensaje va asumiendo así valores propios de los diversos pueblos, sin cambiar en nada la doctrina, pero haciendo cada vez más inteligible lo que se anuncia. Y llega un momento en que la misma cultura, al acoger el Evangelio, se hace evangelizadora, en cuanto que ha acogido la purificación y redención propias del mensaje cristiano, generando estructuras nuevas y humanizadoras.

3. El concepto de inculturación en Santo Domingo. El documento final de Santo Domingo no da una definición propiamente dicha de *evangelización*. Sin embargo, en el trasfondo de todo el

documento, late continuamente la pregunta: *¿Cómo debe hacerse la evangelización hoy?* Esta búsqueda del *modo* de la nueva evangelización, puede ser una perspectiva estupenda para leer todo el documento. Lo que Santo Domingo nos presenta es una descripción breve de las diversas situaciones que quiere afrontar; y ante ellas indica los desafíos y las líneas pastorales. Pero es uno el convencimiento que subyace a todo el documento: *la necesidad de una seria evangelización del continente de la esperanza.*

El Documento de Santo Domingo tiene muy claros los principios básicos de la evangelización, la cual pertenece a la esencia misma de la misión de la Iglesia. Son los mismos que estaban ya presentes en la *Evangelii nuntiandi*, y aparecen con claridad en la argumentación teológica de las Conclusiones del documento. Se podrían resumir en los siguientes puntos: Jesucristo, primer evangelizador (cfr. SD n° 28); el Reino de Dios como contenido central de la evangelización (cfr. SD n° 5). La evangelización o anuncio del Reino, es una comunicación que tiende a que vivamos en comunión, a imagen de la Trinidad (cfr. SD n° 279).

En la descripción que Santo Domingo hace de la evangelización inculturada, podemos encontrar implícita una definición de la misma evangelización. La evangelización inculturada es lo que hace posible «la salvación y liberación integral de un determinado pueblo o grupo humano, que fortalezca su identidad y confíe en su futuro específico, contraponiéndose a los poderes de la muerte, adoptando la perspectiva de Jesucristo encarnado que salvó el hombre desde la debilidad, la pobreza y la cruz redentora» (SD n° 243). Aunque a esta definición descriptiva habría que añadirle la importantísima *dimensión misionera*, porque el mandato evangelizador de Cristo es universal y la Asamblea General del Episcopado latinoamericano se esforzó por motivar en las diversas Iglesias particulares una nueva conciencia misionera (cfr. SD n° 12; 61; 95; 124; 125; 228; 275; 295; 303).

Santo Domingo presenta como base teológica de la inculturación los tres grandes misterios de la salvación: *la Navidad*, que muestra el camino de la Encarnación; *la Pascua*, que a través del sufrimiento conduce a la purificación de los pecados; y *Pentecostés*, que manifiesta la fuerza del Espíritu, dando a todos la capacidad de entender en su propia lengua las maravillas de Dios (cfr. SD n° 230). La inculturación del Evangelio tiene como tarea la purificación de las culturas (cfr. SD n° 13; 22; 230), elevando lo que tienen de positivo (cfr. SD n° 243; 251), que les viene de las «semillas del Verbo» presentes en el mundo (cfr. SD n° 2; 17; 138; 243; 245). La inculturación pide una actitud de diálogo, que a su vez exige una conciencia de identidad clara, para interpelar a las culturas, sin claudicar en el núcleo invariable del Evangelio (cfr. SD n° 24; 138). La responsabilidad de la evangelización inculturada es propia de la Iglesia particular, bajo la dirección de los pastores, pero con la participación de todo el pueblo de Dios (cfr. SD n° 230).

I. LAS CULTURAS Y LA EVANGELIZACIÓN

1. Un continente pluriétnico y pluricultural (cfr. SD n° 244). La inmensa extensión territorial y el número de habitantes de América Latina hacen imposible unificar las culturas que, a lo largo y ancho de este continente, se extienden desde México hasta la Patagonia. Partiendo de la definición de cultura de Santo Domingo —«el cultivo y expresión de todo lo humano en relación amorosa con la naturaleza y en la dimensión comunitaria de los pueblos» (cfr. SD 228)— hay que decir que lo que caracteriza al continente latinoamericano es una enorme diversidad cultural dentro de una cierta unidad. Sin olvidar los elementos comunes que encontramos presentes por doquier, lo que salta a la vista es la pluralidad. Así, en todo el continente encontramos presentes, en mayor o menor proporción, indígenas, negros y mestizos. Y, con todo, son diversas sus culturas (¡no es lo mismo un maya que un inca!). Las culturas autóctonas sufrieron en primer lugar el profundo influjo de las migraciones españolas y portuguesas en el tiempo de la conquista, así como el vasto tráfico de esclavos negros africanos. Más recientemente, el marco cultural se diversifica con las migraciones

de grandes contingentes, especialmente de italianos, alemanes y japoneses, que en el transcurso de este siglo, teniendo como telón de fondo los acontecimientos de las dos guerras mundiales, buscaron nuevos horizontes y mayor tranquilidad en América Latina.

Hay que señalar además cómo en los últimos tiempos las culturas latinoamericanas han sido transportadas, por las migraciones, a América del Norte, engendrando una nueva cultura que se percibe, de manera particular, al sur del territorio de los Estados Unidos. Es ésta una cultura, que poco o nada tiene que ver con la cultura anglosajona de los conquistadores del Norte o con las tribus indígenas del territorio norteamericano; pero tampoco pertenece a las genuinas culturas latinoamericanas. A su vez, la presencia de tanto latinoamericano en los Estados Unidos, es una de las causas de la transformación cultural de la América hispánica y portuguesa, como canal del profundo influjo de la cultura norteamericana, amplificado por los medios de comunicación y los fenómenos de la migración e inmigración.

Esta pluralidad de culturas hace difícil una presentación concisa de los retos pastorales hoy existentes. Al no existir unidad de culturas, no puede existir unidad de acción. En América Latina podemos hablar al menos de *tres grandes zonas*, de acuerdo con la situación geográfica, y su influjo en los intercambios culturales. Serían, primera, México, el Caribe y los países centroamericanos; segunda, los así llamados países bolivarianos; y tercera, el Cono Sur. La pluralidad de estas diversas zonas —que a su vez se podrían subdividir hasta la saciedad— encierra grandes valores que la Iglesia respeta, y de los cuales se quiere enriquecer y servir. Muchos de los elementos de estas culturas están en plena consonancia con el Evangelio, y son una ayuda inestimable para que la Iglesia cumpla su misión; a saber: la de llevar al hombre de estas latitudes al amor en que se resume toda la Revelación, el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo (cfr. SD n° 245-247).

2. *Las raíces profundas del Evangelio.* En la primera evangelización la Iglesia llegó al corazón de los pueblos indígenas, al de los criollos, al de los mulatos, al de los negros, y al de todas las razas que surgieron de la mezcla de las diversas culturas. Huelga un juicio de valor sobre los métodos, las expresiones o el ardor de esta primera misión eclesial, queriendo justificar si fueron o no los más adecuados. Pero es útil constatar que esta primera evangelización llegó en profundidad al espíritu de los pobladores. Hoy muchos han querido acabar con esta siembra; pero han encontrado oposición, porque se han encontrado con valores culturales, enraizados grandemente en las entrañas de los pueblos, que surgieron precisamente de este primer anuncio evangélico.

El sentimiento religioso de los pueblos nativos, iluminado por la predicación del Evangelio, hizo surgir una serie de expresiones culturales en todos los países latinoamericanos, de norte a sur, y de oriente a occidente. El tiempo de la colonización está marcado por obras en todos los niveles que reflejan una cultura llegada a las entrañas del pueblo (cfr. SD n° 16-21; 247). La riqueza de entonces perdura aún hoy en las obras de arte colonial y en la literatura de la época. El influjo de presbíteros y laicos convencidos de su cristianismo se plasmó en expresiones culturales que eran manifestación del primer contacto de los pueblos nativos con el mensaje de Jesús (cfr. SD n° 245). Las grandes catedrales y templos levantados con base en el esfuerzo y la fe así lo atestiguan. Se puede hablar pues de una verdadera inculturación, aunque aún no se hubiera acuñado el término como tal, en cuanto que se trata de un proceso que refleja las maneras de ser y de actuar de la gran mayoría de los habitantes y el influjo de la acción evangelizadora.

II. LOS DESAFÍOS A LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

1. *El problema de las sectas* (cfr. SD n° 139-152). El Evangelio que caló en el alma latinoamericana, está hoy amenazado por las sectas, su enemigo número uno. Las sectas, conociendo la idiosincrasia del latinoamericano, se han disfrazado de cristianismo para poder

atrapar a los incautos, carcomiendo con una nueva leyenda negra de la Iglesia Católica y de los abusos cometidos, la fe de los sencillos, que por simple no deja de ser profunda y aquilatada.

Este fenómeno ha hecho que la misma Iglesia Católica advierta la presencia de un vacío que es necesario llenar. Ellas llegan allí donde no hay trabajo pastoral directo con las personas y donde no es posible desenmascarar inmediatamente sus mentiras. Trabajan en los lugares en que por la escasez de los agentes de evangelización la Iglesia se ha visto obligada a dilatar la atención pastoral. Ante ellas están especialmente inermes quienes, siendo bautizados, no han madurado en su fe, por lo que navegan como a la deriva entre las dificultades del momento. Preparar el laicado para afrontar este problema es una tarea inaplazable.

Muchas veces son motivaciones políticas las que se esconden detrás del fenómeno de las sectas. Pero no hay que olvidar que son muchos los problemas que han vivido los pueblos latinoamericanos en los últimos años, que los han arrastrado con frecuencia a situaciones límite. En estas circunstancias, el refugio que se encuentra en las prácticas de religiosidad popular es completamente insuficiente, especialmente ante la avalancha de algunas denominaciones que fraudulentamente se hacen pasar por cristianas, pero que no reconocen la divinidad de Jesús, como pueden ser los Mormones o los Testigos de Jehová (cfr. SD n° 147).

2. Problemas económicos y políticos (cfr. SD n° 164-209). Un desafío para la Iglesia latinoamericana es la situación económica y política. La política de las grandes potencias está fomentando que las diferencias en la población entre la mayoría rica y la minoría pobre se acentúe cada vez más (cfr. SD n° 233). La caída del comunismo en el Este ha servido además como emblema para presentar las bondades de un capitalismo, que con el nombre de neoliberalismo, ha liberalizado indiscriminadamente el mercado. Se han eliminado partes importantes de la legislación laboral, facilitando el despedido de los trabajadores, y, por reducir los gastos sociales, han quedado desprotegidas las familias de los trabajadores (cfr. SD n° 179).

La política económica, que goza de un amplio espacio en los medios de comunicación social, ha creado una conciencia de progreso, que se hace depender exclusivamente del tener, reduciendo la realización del hombre al plano económico. Por el tener se justifican todos los medios, y surge la corrupción administrativa (cfr. SD n° 233). Hace progresos el narcotráfico, método óptimo para adquirir dinero fácil. Con el dinero se busca el poder, teniendo como ideal el dominio absoluto. ¡Qué lejos está esta mentalidad del anhelo de servicio que brota del corazón del Evangelio! (cfr. SD n° 233).

No para todos los movimientos políticos latinoamericanos la caída del Este ha sido el derrumbamiento de un sistema. Para muchos el sistema está vivo; los que han fallado son quienes estaban al frente de la causa revolucionaria. Se ve la caída del comunismo como un fallo humano que podría experimentar una renovación en América Latina. Se intenta así darle nueva validez a un totalitarismo que ha demostrado ser completamente inoperante, y que ha reproducido los mismos vicios de los restantes sistemas políticos, el aprovechamiento egoísta del poder, la búsqueda de ventajas personales, incluso en contra de los mismos ideales que se dice defender.

Al no querer reconocer la realidad del hombre caído, necesitado de redención —verdadero fundamento de una antropología cristiana— se ilusionan con un sistema político redentor, que no existe ni existirá. Sólo generará estructuras justas quien de verdad esté convertido a Jesucristo y, movido por el Espíritu Santo, sea capaz de amar a Dios y al prójimo por encima de sus propios intereses. No lo ven así los movimientos guerrilleros, los cuales, convencidos de que el fallo estuvo en los hombres del Este, siguen mirando con esperanza el mismo sistema comunista para los países del Nuevo Mundo. Algunos, incluso creyéndose cristianos, colaboran con estos movimientos, incompatibles con el Evangelio. Para estos Jesús se convierte en alguien rechazado por un sistema

político que lo llevó a la muerte. Aunque en muchos de los que siguen esta línea hay que admirar una gran coherencia, su pensamiento no deja de ser un reduccionismo antropológico incompatible con la fe.

3. La necesidad de una auténtica formación religiosa (cfr. SD n° 99; 237). En América Latina existe toda una anticultura. Basta echarle una ojeada a fenómenos como la violencia, la droga, el tráfico de armas, la injusticia social, y su gran producto, la pobreza, que con frecuencia llega hasta la miseria. Ante estos factores, muchos son presa fácil de los movimientos espiritualistas de corte oriental, que se aprovechan de las dificultades de las gentes para ofrecerles esperanzas mesiánicas. Estos influjos han calado hondo en muchos católicos, de modo que se ve normal compaginar la reencarnación con la resurrección cristiana. El espiritismo y la magia se encuentran con un terreno abonado (cfr. SD n° 147).

Nuestros bautizados, aunque representan una mayoría absoluta, están inmersos en una situación conflictiva, sin encontrar en la religiosidad popular la respuesta adecuada a sus angustias. Falta una evangelización profunda que acompañe la administración de los sacramentos, por lo que el pueblo latinoamericano se resiente de la carencia de una formación seria. Las mismas sectas se sirven de las manifestaciones de la piedad popular y de la ignorancia religiosa de los católicos, para arremeter contra la Iglesia, su doctrina y sus instituciones, encontrando fruto ante la insatisfacción profunda y la ignorancia religiosa de sus interlocutores.

Ante este panorama, la Iglesia Católica corre el grave peligro de quedarse en la simple promoción de las manifestaciones religiosas populares, hablando, sí, de la necesidad de su purificación, pero sin dar los pasos urgentes e inaplazables para ofrecer respuestas contundentes a los desafíos. La religiosidad popular es un elemento que en sí es muy positivo. Pero es indispensable discernir sus motivaciones profundas para purificarla. La religiosidad popular puede ser el fruto de una fe profunda, o también la expresión del sentimiento religioso natural del hombre, que con manifestaciones particulares estaba presente ya en nuestros indígenas o en los afroamericanos antes del anuncio del Evangelio. Constituye ciertamente una base maravillosa para un anuncio en profundidad de Jesucristo; pero siempre que se acometa en serio y con toda firmeza su proceso de purificación. Urge promover una conversión profunda de los cristianos (cfr. SD n° 39; 240).

4. La creciente secularización (cfr. SD n° 154; 232; 252). En un clima como el anteriormente descrito, y que como tal es un desafío a la misión pastoral de la Iglesia, aumentan sin cesar el secularismo y sus secuelas: rechazo de lo sagrado, indiferencia religiosa, relativismo moral (cfr. SD n° 234). Entre las causas del aumento del secularismo se encuentran: la escasa atención pastoral por falta de agentes; la falta de coherencia y de testimonio de vida de muchos cristianos; el avance de las corrientes materialistas y hedonistas, con la consiguiente pérdida del sentido de sacrificio y de servicio; el permisivismo y relativismo moral; la crisis de la familia, y especialmente la escasa conciencia de su importante misión en el proceso de formación cristiana.

5. La indiferencia y el ateísmo (cfr. SD n° 153-156). Aún cuando el socialismo ha perdido su influjo en algunos sectores, en las Universidades continúa haciendo presa en docentes y alumnos. Se reconoce en esta ideología la necesidad de ciertas correcciones, de evitar los errores que se han cometido, pero se ve con agrado la perpetuación del ateísmo y de la indiferencia religiosa. En las Universidades estatales sobre todo, no se ha perdido la fascinación por la ideología marxista, y no faltan nunca quienes se encargan de atizar esta mecha ya casi apagada.

6. Una nueva cultura urbana (cfr. SD n° 253; 255). En algunos países el fenómeno de la violencia ha tenido repercusiones en un cambio casi total de su estructura. Han pasado de una población mayoritariamente rural a una población predominantemente urbana. Surgen por tanto desequilibrios de consecuencias fatales: se agrandan los cinturones de miseria de las ciudades, a las que acuden

campesinos ilusionados por encontrar puestos de trabajo inexistentes. Las ciudades se llenan, los campos se vacían, y con ello se descuida la agricultura, sin que la incipiente industria tenga el desarrollo suficiente como para absorber la masa de desempleados.

7. *La separación entre fe y cultura* (cfr. SD n° 44; 161; 253). Dentro de este cuadro que estamos presentando, en el cual aparece la necesidad de redención del hombre latinoamericano, no podemos callar el alejamiento de la fe por parte de los científicos, literatos y artistas en general. Quienes hoy sobresalen en nuestros países en los diversos campos de la cultura, tienen que ver poco o nada con la Iglesia. Predomina entre ellos una corriente laicista y pragmática, desilusionada por lo que trató de encontrar en la ciencia y en la técnica sin hallarlo, pero indiferente ante cualquier propuesta trascendente, y parecería que sin expectativas.

8. *La tentación del retorno a las culturas ancestrales* (cfr. SD n° 251). Algunos antropólogos quieren promover la pureza de las culturas indígenas. Pretenden que nuestros indígenas regresen a tiempos pretéritos, anteriores al encuentro con las demás culturas, aunque experimentando una cierta purificación. Se pretende que se vuelva a la adoración del sol, al panteísmo o a los cultos africanos, aunque ello implique vivir como en una campana de cristal, para evitar toda contaminación de la propia cultura. Ello supone obviamente negar toda posibilidad de diálogo a las culturas, condenándolas a la inanición so capa de defenderlas.

Sin embargo, también se da la postura contraria por parte de toda una serie de políticas, que tienden a *hacer desaparecer las culturas autóctonas*. Con este fin se fuerzan medios de integración que son destructivos para las culturas y violentan a las personas. Por ello las etnias buscan con razón un reconocimiento legislativo nacional e internacional, que les reconozca el derecho a la tierra y a las propias organizaciones, para poder vivir de acuerdo a sus propias vivencias culturales, conservando la lengua y las costumbres ancestrales, en plena igualdad con los demás pueblos de la tierra (cfr. SD n° 251).

III. LA NECESIDAD DE UNA EVANGELIZACIÓN PROFUNDA

Ante esta panorámica y estos desafíos que el mundo latinoamericano presenta a la Iglesia, ésta no se puede contentar con respuestas superficiales, sino que está llamada a ofrecer procesos serios de conversión. La misión de la Iglesia es la evangelización, y se evangeliza para que las personas que escuchan el anuncio se conviertan. La Iglesia de América Latina no puede contentarse con constatar la elevada proporción de católicos bautizados en estos territorios. La piedad popular, expresión de la religiosidad natural propia del ser humano, no es suficiente. Es verdad que es buena, y que está colocada por Dios en el corazón del hombre; pero hay que reconocer que es sólo un camino para poder llegar a la fe. La Iglesia no se puede dejar deslumbrar por las manifestaciones externas religiosas; es necesario discernir en profundidad el grado de fe de las personas.

1. *Pastoral de los alejados* (cfr. SD n° 153). Existen dos clases de personas que llaman la atención a la Iglesia: los que han abandonado la práctica religiosa y los que afirman que nunca han creído. Uno de los retos será crear signos que llamen a la conversión tanto a quienes un día estaban cercanos y ahora están lejos de la Iglesia, como a quienes ni siquiera creen. Sólo a través de la unidad es como el mundo —ese mundo que en algunos textos del evangelio de Juan se identifica con lo que se opone a Dios— puede conocer en Jesús al enviado del Padre (cfr. Jn 17,21). Por ello la Iglesia latinoamericana está llamada a superar con constancia el espíritu de división y enfrentamiento, esforzándose por lograr que la Iglesia presente su verdadero rostro de comunión y participación. Muchas de las energías que deberían ser empleadas en el proceso de evangelización, se utilizan en la solución de conflictos internos, debidos en gran parte a ideologías extrañas al Evangelio. Éstas se han introducido, no abiertamente, sino de manera camuflada, con la pretensión de estar en conexión

con el mensaje revelado. Ante esta división real no basta dar una imagen aparente de unidad; hay que trabajar por una unidad verdadera y efectiva.

2. La opción por los pobres (cfr. SD n° 178-181) y **por los jóvenes** (cfr. SD n° 114-120). América latina es un continente joven. Más del 60% de su población tiene menos de veinticinco años. Pero, al mismo tiempo, es un continente de pobres; y no por falta de recursos naturales, sino por la mala distribución de las riquezas. Llevar a la juventud a encontrarse con Jesucristo lleva consigo la propuesta de una nueva justicia social. Jesucristo tiene que llegar a la vida de las personas, no sólo para que den limosnitas, sino para que pongan en práctica la hipoteca social de sus bienes, según la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia. Ahora bien: la Iglesia no puede convertir la opción preferencial por los pobres —que está en el corazón del Evangelio— en una acción política, convirtiéndola en una lucha de poder ajena a toda inspiración evangélica.

3. La educación cristiana (cfr. SD n° 263-278). La gran presencia de la Iglesia en todos los niveles de la enseñanza es un areópago maravilloso para anunciar el Evangelio. El reto está en no limitarse a impartir una pura instrucción, sino en aprovechar este recurso para crear conciencia de una cultura nueva que brota del cristianismo. De este modo se favorecerá la creación de comunidades cristianas que den testimonio de conversión, llamando a los demás al encuentro con Jesucristo. La inculturación del Evangelio puede encontrar en estas instituciones educativas de la Iglesia un aliado que muchos otros países desearían tener. La educación cristiana sirve para llevar a una auténtica vivencia cristiana. En cambio, ha hecho mucho daño en América Latina el abandono indiscriminado de muchas obras de enseñanza, en aras de una opción por los pobres mal planteada.

4. Las pequeñas comunidades (cfr. SD n° 61-63; 156; 259). Muchas diócesis del continente latinoamericano han visto una esperanza en las comunidades eclesiales de base y en el proyecto de convertir las parroquias en una comunidad de comunidades. Muchos movimientos laicales y otras instituciones trabajan en la misma línea. Crear comunidades en las parroquias es uno de los modos más serios de fomentar procesos de crecimiento de la fe de los fieles. Es en la vida en comunidad donde se puede descubrir la verdad de la fe. Es en la experiencia comunitaria donde se da con mayor intensidad la acción pastoral de la Iglesia en sus tres vertientes: profética, litúrgica y de caridad. Es allí donde se puede vivir la diversidad de los carismas y donde cada uno puede realizar todo y sólo aquello que le corresponde. En la comunidad cristiana se podrá evitar el clericalismo desmedido o la pretensión de los laicos de gobernar la comunidad. Es allí donde se encontrarán clérigos y laicos unidos por el bautismo, pero diversificados por los servicios que prestan a la misma comunidad cristiana, y formando la única Iglesia de Dios, en la cual cada uno tiene su puesto.

5. La Iglesia particular (cfr. SD n° 55-57; 102). La creación de las comunidades cristianas es un trabajo que como reto corresponde a la Iglesia particular. Porque es ella quien está llamada a integrar en el proceso de la evangelización todos los valores propios de las diferentes culturas. Si se desea un trabajo serio de evangelización de la cultura y de inculturación del Evangelio, la Iglesia particular no podrá delegar en nadie esta misión de creación de las comunidades cristianas. Puede aprender de otras Iglesias la manera de crear la comunidad cristiana, sirviéndose de su experiencia evangelizadora; puede valerse de agentes de pastoral de otras Iglesias, como medio para expresar la comunión entre las Iglesias y como forma específica de poner en práctica la universalidad. Pero será la Iglesia local la única que podrá dar el tinte particular a la misión encomendada. Todo proceso de evangelización que no se inserte en la comunidad local —y, más concretamente, en la parroquia— para ser gobernado desde ella, corre el riesgo de confundir el carisma profético con el carisma de gobierno. Ello supone un germen de muerte para la experiencia inicialmente positiva, porque lleva a crear estructuras tan fuertes y con dimensiones de tal magnitud, que corren el riesgo de paralizar la vida de la Iglesia local, poniéndola al servicio de estructuras internacionales. Además, en ocasiones

se puede llegar a identificar tanto la cultura en la que nace la experiencia con el anuncio que lleva, que se identifique el vehículo del mensaje con el mismo mensaje. Las culturas pueden ser portadoras del anuncio del Evangelio, pero el anuncio está por encima de las culturas. Sin embargo, aún cuando el proceso de inculturación del Evangelio corresponda a la Iglesia particular, ésta está llamada a estar muy atenta para no encerrarse en sí misma, sabiéndose parte de una Iglesia mucho más amplia, y vivir así de manera real la catolicidad. La Iglesia particular que no viva su dimensión de universalidad se empobrece.

6. La nueva pastoral urbana (cfr. SD n° 255-262). El paso de una civilización rural a una urbana también supone un reto para la Iglesia en América Latina. Es urgente buscar nuevos métodos y nuevas expresiones que hagan llegar el Evangelio al hombre, con sus condicionamientos particulares, nacidos de su experiencia urbana. El latinoamericano ya no es el hombre que ha aprendido los secretos de la tierra en su trato constante para cultivarla. Es un hombre que mora en los rascacielos de las grandes metrópolis, que vive desconfiando de todos y de todo, que ha cambiado su modo de trabajo y de diversión, y que goza de un nivel intelectual mucho más elevado. La Iglesia está llamada a responder a este hombre latinoamericano de finales del siglo XX, que se prepara para afrontar el inicio del tercer milenio. Es éste un desafío que exige una renovación para anunciar lo que la Iglesia siempre ha proclamado de formas distintas a lo largo de su historia: ¡la muerte ha sido vencida, en Cristo está la razón de ser del hombre!

7. La ciencia y la técnica (cfr. SD n° 254; 280-286). Finalmente, como reto para la acción de la Iglesia en América Latina, se presentan también la ciencia y la técnica. La Iglesia no se puede quedar al margen de tantos avances. A ella le corresponde aportar lo que tiene, sin una actitud de ir mendigando nada, porque el Evangelio tiene una fuerza intrínseca para conducir al hombre a la felicidad. Se trata de decir al hombre de la ciencia y de la técnica que todo tiene un centro, que Dios es el autor de todo, y que la vida espiritual es fundamental para el hombre. Una ciencia y una técnica sin espíritu llevan al hombre a un completo sinsentido de la vida, y la vida, sin sentido, es un infierno. En esta misma dimensión no podemos dejar de mencionar los medios de comunicación social con todos sus avances y la informática con su vertiginoso progreso. Una acción evangelizadora no puede olvidar todos estos elementos, no los debe mirar con miedo, y se debe servir de ellos para anunciar lo único que da razón de ser a la misma Iglesia: Jesucristo.

CONCLUSIÓN: HACIA UNA EVANGELIZACIÓN INTEGRAL

Hablar de evangelización en América Latina, significa hablar simultáneamente de promoción humana; sin embargo, ello no quiere decir que debemos promover primero al hombre para después anunciarle el Evangelio. Ésta fue una tendencia muy en boga en los países del continente que hoy comienza poco a poco a ser superada, como resultado de la experiencia. Muchos se dedicaron a promover al hombre, con la buena intención de hacerlo cristiano en una segunda fase. Desgraciadamente, quien así piensa no percibe los elementos de promoción humana que encierra el Evangelio en sí mismo, y sin los cuales será imposible hacer una auténtica promoción del hombre.

La promoción humana comienza con el cambio de mentalidad: es decir, por una actitud de conversión, que es uno de los objetivos fundamentales de la evangelización. No cambiar de mentalidad y querer hacer partícipes a los demás de una promoción humana a nuestro antojo, es cargar con leyes, que los mismos promotores no serán capaces de cumplir mientras no estén apoyados en la fe. Buscar la realización del hombre sin querer afrontar por ejemplo, el egoísmo, propio de la condición humana, que debe ser redimido por Jesucristo, llevará tarde o temprano a la desconfianza en el mismo proyecto promocional. Anunciar el Evangelio es y será la misión fundamental de la Iglesia universal y por tanto de las Iglesias particulares en América latina. Es este anuncio constante y progresivo de la salvación el que va descubriendo las actitudes profundas del

hombre y sus motivaciones, transformándolas en actitudes y motivaciones que fundamenten en el amor a Dios y al prójimo la verdadera promoción humana. Hemos olvidado que el Evangelio es portador de un germen que promueve al hombre desde lo más íntimo de sí mismo, y lo lleva a actuar de manera insospechada en bien de los demás, porque es este servicio el que plenifica y realiza plenamente a quien está iluminado por el Espíritu.

En esta perspectiva se deben mirar todos los retos del proceso de evangelización. América Latina es un continente que sabe que el Evangelio puede aún penetrar profundamente en la conciencia del hombre para transformarlo. Pero, al mismo tiempo, tiene como urgencia inaplazable la creación de nuevos métodos para proclamar este Evangelio, para que éste pueda hacerse carne en los hombres y mujeres latinoamericanos. Ésta es la esperanza de transformación de una sociedad que se mueve en conflictos tan serios como los que reconocieron los prelados en la Asamblea General de Santo Domingo en el mes de octubre de 1992.

El objetivo primordial de la evangelización no es que la Iglesia crezca cuantitativamente, sino que quienes se llaman cristianos encuentren en el Evangelio el sentido de su propia historia personal y de la comunitaria. Ello supone hallar en la predicación de Jesús y de su Iglesia, respuestas a los grandes interrogantes planteados por la humanidad, y que no han podido encontrar respuesta, por más que se ha buscado, lejos de este anuncio. Como consecuencia natural, en la medida en que se profundice la fe, y el hombre encuentre en ella los elementos fundamentales para encauzar su historia, la comunidad cristiana crecerá también en número.

Sólo llegando con el Evangelio al corazón del hombre se podrán alcanzar también a las culturas. Es el hombre quien crea la cultura, en su afán por alcanzar la satisfacción de sus deseos y su propia realización. Sin embargo, la cultura sola no plenifica al hombre. El auténtico diálogo fe-cultura debe ser afrontado desde el anuncio íntegro de la Buena Noticia como único camino que arroja luz sobre la historia de la humanidad. Desde esta perspectiva la Iglesia podrá cumplir su misión de ser «*sacramento universal de salvación*» (cfr. LG n° 48; GS n° 45), para arrancar eficazmente al hombre de la postración de la indiferencia y del ateísmo.

En este final de siglo, la evangelización en América Latina está marcada por la promoción humana y por el diálogo entre fe y cultura. La responsabilidad de quienes formamos en este momento la Iglesia está en anunciar el Evangelio en su integridad, como lo han pedido los Obispos reunidos en Santo Domingo. Un reduccionismo, en este momento de la historia, tendría consecuencias lamentables que dificultarían enormemente en el futuro la acción de la Iglesia.

En definitiva, la Iglesia latinoamericana ha de volver a inspirarse en la experiencia de la Iglesia primitiva, y más concretamente, en la pastoral de los Hechos de los Apóstoles, redescubriendo el camino siempre nuevo que anima a la Iglesia de todos los tiempos. Sin arqueologismos, pero creando comunidades cristianas por el anuncio explícito de la muerte y resurrección de Jesús, camino de salvación y de redención para el hombre y sus culturas. Ello en una verdadera comunión con la Iglesia, tanto local como universal, para lograr hacer efectiva la transformación de todo un continente por la fuerza del Evangelio. Otras cosas serán más o menos útiles, pero la creación paulatina de auténticas comunidades cristianas permitirá a la Iglesia llegar al corazón de las culturas. Es en la comunidad cristiana, mediante un proceso de crecimiento, que el corazón humano experimenta un cambio, una conversión estable, que permite llegar a la intimidad de la cultura en que el hombre vive. Mientras no logremos que el mensaje que anunciamos suscite una verdadera fascinación, transformando al hombre en su manera de afrontar la historia, estaremos lejos de una evangelización inculturada.